UNA MIRADA ONTOLÓGICA QUE RESIGNIFIQUE LA ESCRITURA EN EL AULA

Hanania Esther Ojeda Salinas[1]
hojedapta@gmail.com
https://orcid.org/ 0009-0007-1530 - 9114
Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Recibido: 27 de septiembre 2025 **Aprobado:** 01 de diciembre 2025

RESUMEN

Por largo tiempo, la escritura ha sido una compañera de viaje infaltable en los espacios educativos; quizás por ello resulte inverosímil imaginar que se pueda educar o aprender en su ausencia. La escritura es un elemento tangible que acompaña los procesos formativos; sin embargo, pese al contacto constante con el arte escritural, muchos estudiantes e incluso maestros se limitan a escribir aquello que, por obligación, está dentro del margen de lo solicitado como parte de su trabajo académico. Existe una renuencia generalizada a aproximarse al acto genuino de creación escritural, lo que hace necesario repensar la escritura, propósito central de este artículo. Con frecuencia, se privilegia una de las caras de la escritura, relacionada con la transcripción mecánica, desconociendo su potencial como práctica que estructura la conciencia humana, tal y como lo plantea Vigotsky (1995). Es como estar presente en la escena sin involucrarse realmente y sin llegar al punto en que el texto se convierta en una expresión auténtica del ser y en el resultado de una creación personal construida a partir de la creatividad y la reflexión. Bajo esta perspectiva, cuando lo escrito emana del interior, su impacto es profundo, inicialmente en quien escribe y luego en su entorno, generando transformaciones reales en el contexto educativo y social. En esta experiencia se revela la dimensión ontológica de la escritura, aún eclipsada por la costumbre que ha reducido el acto de escribir al ejercicio de copiar, sin reconocerla como práctica mediadora que configura y transforma al sujeto (Foucault, 1966).

Palabras clave: Escritura epistémica, ontología de la escritura, prácticas de escritura.

[1]Licenciada en Lenguas Modernas, especialista en lengua escrita y Magíster en Investigación Educativa, actualmente cursa su formación doctoral en la UPEL. Universidad de Adscripción: Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Venezuela.

AN ONTOLOGICAL PERSPECTIVE THAT RE-SIGNIFIES WRITING IN THE CLASSROOM

ABSTRACT

For a long time, writing has been an indispensable companion in educational settings; perhaps that's why it seems implausible to imagine education or learning taking place in its absence. Writing is a tangible element that accompanies the educational process; however, despite constant contact with the art of writing, many students and even teachers limit themselves to writing only what is required by obligation as part of their academic work. There is a widespread reluctance to approach the genuine act of written creation, which makes it necessary to rethink writing, the central purpose of this article. Often, only one aspect of writing is seen, related to mechanical transcription, overlooking its potential as a practice that structures human consciousness, as Vygotsky (1995) suggests. It's like being present at the scene without truly engaging and without reaching the point where the text becomes an authentic expression of being and the result of a personal creation built on creativity and reflection. From this perspective, when writing originates from within, its impact is profound, initially on the writer and then on their environment, generating real transformations in the educational and social context. This experience reveals the ontological dimension of writing, still obscured by the habit that has reduced the act of writing to the exercise of copying, without recognizing it as a mediating practice that shapes and transforms the subject (Foucault, 1966).

Keywords: Epistemic writing, ontology of writing, writing practices.

Introducción

En las dinámicas diarias de los espacios educativos, hay rutinas que se instauran y difícilmente pueden derrumbarse. Repertorios de actuación pedagógica que se han inmortalizado hasta el punto de considerarse como las únicas formas válidas de proceder al trabajar en el aula. Un conjunto de acciones, estrategias, metodologías, que se han mantenido firmes durante mucho tiempo, sin dar cabida a la credibilidad de la existencia de otras formas de hacer las cosas. Esto puede constituirse en uno de los grandes dilemas que enfrentan muchas organizaciones educativas; que en el confort de hacer lo mismo cierran puertas y ventanas, para no tener que enfrentarse al hecho de dar aceptabilidad a los cambios y movilizar las viejas estructuras en una realidad dinámica y diversa.

En la experiencia de educar, no resulta nada sencillo, desprenderse de la comodidad que otorga lo conocido, donde se actúa como experto, para darle la bienvenida a la novedad. Puede representar un verdadero desafío aceptar que no existe un único camino para alcanzar los fines educativos y que, en el recorrido bien pueden surgir diversas opciones, en un ajuste coherente con una realidad cambiante, donde las necesidades del entorno no son siempre las mismas. En este sentido, resulta lógico pensar que no es factible, para quien media en el aprendizaje, asumir actitudes estáticas y pretender resolver los problemas del presente, implementando los mismos métodos y estrategias del pasado. En consonancia con lo planteado por Mosquera, C. y Rodríguez, M. (2018), quienes afirman que el educador no puede mantenerse en la quietud y requiere de una movilidad en el ejercicio de sus prácticas pedagógicas.

Supone un gran reto para quien enseña, lograr sintonizar con una generación cuya identidad responde a otros tiempos y a códigos distintos. Una situación que justifica el compromiso de asumir, en cada paso, un trabajo diferente en los escenarios educativos, impulsando una respuesta dinámica ante los requerimientos de estos nuevos tiempos y propiciando una auténtica intervención de todos los actores que participan en el proceso formativo. Para ello, resulta indispensable que el docente adopte un papel activo y una planificación consciente que parta del reconocimiento de la permanente necesidad de apertura hacia la innovación y de todo lo que ésta representa, mientras, cada persona de la comunidad educativa aporta desde sus propias herramientas y experiencias a la transformación y al mejoramiento.

Todo ello, en línea directa con el verdadero fin de la educación, que busca generar oportunidades reales para construir conocimiento, desarrollar habilidades e interiorizar los valores esenciales en la formación para la vida. La educación debe conducir al bien intangible del saber, imperceptible en su forma, pero determinante tanto en lo que se expresa como en lo que se calla, en lo que se expone y en lo que se oculta. El conocimiento habita en las palabras que se pronuncian y en los silencios que las acompañan; se esconde en una mirada y se hace explícito en los gestos, se fortalece en la pregunta y

se desahoga en la respuesta. Transita libre de un lugar a otro, sin detenerse, sin distinción de rango, edad, ni estatus. Se ubica en la mente de quien lo anhela y de aquel que ni siquiera lo espera. Sin cadenas que lo aten, el conocimiento se constituye en un bien esencial y en una fuente inagotable de transformación.

En medio de lo que puede parecer poesía, adquiere fuerza la escritura y la tarea que direcciona la mirada hacia otro punto de la misma, abordando un elemento que parece invisible o poco se relaciona en las aulas al referirse al proceso de escribir. Porque la acción escritural es algo más que trazar signos y registrar palabras; es un acto consciente, una manera de encontrarse a sí mismo y de modificar lo que se es. Es sin lugar a dudas como lo señala Freire (2004), una práctica que supera la simple repetición, una invitación que conlleva al desarrollo de la capacidad crítica, donde es "necesario que hombres y mujeres asuman un papel creativo y pensante ante la realidad" (p.17). En esa afirmación, el autor alude a la lectura y a la escritura el punto de partida de la acción investigativa, puntualizando en la unión dialéctica que se establece cada vez que se avanza en el conocimiento y al mismo tiempo en la transformación del ser.

En un esfuerzo por hallar una nueva interpretación de lo que significa escribir en la vida de cada ser humano y reorientar las acciones que, por costumbre, han sido naturalizadas en el aula; se construye este artículo que surge como resultado de la acción investigativa que reconoce la necesidad de resignificar la escritura desde una mirada ontológica. Una perspectiva que cuestiona las prácticas tradicionales y explora las nuevas posibilidades, desde el contexto de una Institución Educativa de carácter distrital, con jóvenes entre los 15 y 17 años, que hacen parte del ciclo de escolaridad media, quienes a diario enfrentan los múltiples avatares de la dinámica existencial y que podrían hallar en el acto de escribir una forma para sosegar las emociones, interactuar con los demás, construir nuevos saberes. En una relación dialéctica donde se amplía el enfoque y se reconoce que escribir aporta algo más que

conocimiento y conecta con los procesos internos que favorecen los cambios a nivel personal y social.

Marco Teórico

La escritura un eje formativo y transformador

Con el fin de materializar un cambio, es indispensable centrarse, ante todo, en el elemento humano y en su disposición natural para aprender dentro de un sistema plural, en el cual coexisten diversos intereses, motivaciones y saberes de carácter tanto individual como colectivo.

A partir de ello, sobre la base de las contribuciones de cada persona, se edifica una estructura intelectual que sirve de referente en el tiempo y se convierte en una pieza de valor para seguir avanzando en el proceso, mientras el conocimiento transita de una generación a otra y se proyecta hacia el futuro como una herencia cultural e intelectual. Un legado que orienta la acción de educar, posibilita el progreso de la sociedad y sostiene la formación integral del ser en todas sus dimensiones. En un contexto donde el proceso escritural cumple un papel protagónico, que facilita la comprensión del mundo y permite la expresión singular de cada ser en su interior.

Por tanto, desde un enfoque pedagógico integral, puede afirmarse que el uso de la expresión escrita en los diferentes ámbitos académicos es inevitable, ya que mantiene una vinculación estrecha con los procesos de formación y se vuelve imprescindible desde el momento mismo en el que se ingresa a las instituciones educativas. Lo cual remite a la idea de que todos los actores del entorno educativo, sin excepción, escriben en el marco de la construcción del conocimiento. Lo que podría sugerir que la escritura se configura como un proceso en cadena, en el cual cada persona expresa una idea que se nutre de otra, potenciando la innovación y la creación de nuevos materiales. En este sentido, puede afirmarse que no se parte de cero, sino que la creación escritural se apoya en lo existente, para avanzar en la edificación de nuevos niveles, en el interminable edificio del conocimiento.

Hasta esta parte del texto, podría pensarse que no existen dudas sobre el significado del arte escritural y que su valor está ampliamente debatido en los diversos escenarios educativos donde el ser humano se desenvuelve. Sin embargo, aunque la escritura se constituye en un pilar esencial tanto para quien enseña como para quien aprende, la evidencia indica que, en la práctica cotidiana de muchos espacios de enseñanza, ésta suele ser excluida y desvalorizada. Con frecuencia, la escritura suele quedar atrapada en un círculo de justificaciones y rutinas mecánicas que la alejan de su verdadero sentido transformador. Asimismo, en muchos espacios educativos, se desplaza el uso de los libros para privilegiar las nuevas tecnologías de la información, sin que ello implique un fortalecimiento en el acto de escribir y lo que conlleva a que muchos estudiantes deleguen la construcción del texto a los entornos de la virtualidad.

Es claro que en el proceso formativo y a lo largo del recorrido de aprendizaje que realiza una persona en los distintos grados de escolaridad, existe una articulación entre la escritura y las actividades desarrolladas en el aula. Sin embargo, hay elementos válidos de análisis que permiten identificar una problemática o una necesidad específica, lo cual justifica la decisión de investigar con mayor profundidad los procesos escriturales. Uno de los aspectos a considerar es que, durante la trayectoria escolar, se destinan numerosos espacios para transcribir información, lo cual fortalece la función mnémica de la escritura, mientras al mismo tiempo se toma una distancia de la dimensión epistémica. Esta situación explica que las nuevas generaciones que llegan al último nivel de formación secundaria tiendan a mostrar apatía frente a la producción escrita propia y con frecuencia pretenden hallar el texto diseñado y simplemente copiar.

Por otro lado, al centrarse en el proceso diario y en las ideas que transitan por los pasillos de los centros educativos, podría parecer que la acción de escribir se relaciona exclusivamente con la asignatura de Lenguaje; no obstante, la realidad educativa no debería abordarse de forma fragmentada, ya que todas las áreas del conocimiento contribuyen al desarrollo de la

competencia escritural. Esto implica considerar otros puntos de vista y reconocer que la habilidad escritora es una acción transversal, en la que distintas disciplinas dialogan en un propósito formativo común. De esta manera, se abre espacio dentro del ejercicio reflexivo, a la implementación de estrategias que permitan a niños y jóvenes expresarse por escrito y trabajar juntos. Tal como lo mencionan García y Martínez (2025), al destacar la importancia de un ambiente colaborativo, donde se valora la propia voz tanto como las opiniones ajenas.

Asimismo, desde una fundamentación holística, surge la necesidad de hallar una visión integral del proceso de escritura y su impacto en otras dimensiones. Esto implica reconsiderar su valor en el plano del fortalecimiento del yo y la construcción personal, lo cual no debería limitarse a lo cognitivo, ya que existe una base conceptual y teórica bien fundamentada, que respalda su impacto en otras dimensiones del ser, entre ellas la ontológica. Así lo especifica Michel (1966), al vincular el acto de escribir con una forma de construirse como sujeto y transformarse a sí mismo, lo que evidencia la conciencia de las implicaciones del acto escritural en la dimensión subjetiva. En una dinámica gradual, en la que a medida que se escribe se abandonan las viejas vestiduras del ser, en un proceso de transformación de doble vía donde quien escribe y quien lee después de hacerlo ya no son los mismos.

Al direccionar las visiones y posturas existentes en el contexto real de los centros educativos, podría entenderse que al escribir no sólo se tocan las paredes del conocimiento, sino que se dinamiza una sinfonía interior, un proceso reflexivo que trasciende lo cognitivo, se enlaza con lo afectivo y aporta sentido a la existencia. Sin embargo, tal como lo señala Pérez (2023), en su análisis sobre la producción de conocimiento en el campo de la enseñanza de la lectura y la escritura como prácticas sociales en la educación básica colombiana, cuando la escritura aparece en el aula, el mayor énfasis recae en los aspectos gramaticales y lingüísticos. Una tarea que se focaliza en los aspectos formales y que no siempre alcanza a conectarse con su significado profundo. Además, el autor advierte la necesidad de investigar para trascender

lo normativo y técnico, acercándose a una postura sociocultural que valore la escritura como práctica social.

En el rigor de los resultados de muchos trabajos investigativos se expone el papel de la escritura; no obstante, tener la nevera llena no genera, por sí mismo, el apetito. Esto propone literalmente, seguir revisando el proceso hasta que éste pueda interiorizarse y mediar en la ceguera, para así hallar una nueva fórmula de lentes que posibilite mirar la otra cara de la escritura y trascender las barreras del pensamiento que han mantenido al texto escrito atrapado en la red cognitiva, sostenido en las columnas de las estructuras del trabajo de los profesores de Lenguaje y en el marco de una función que enfatiza la repetición de lo producido, cuando en realidad deberían explorarse los terrenos epistémicos que Muñoz (2022), relaciona en su artículo al referirse a la función epistémica de la escritura y su contribución al aprendizaje integral.

La escritura integrada al quehacer pedagógico

En un intento por alcanzar una modificación en lo existente, es meritorio dar un giro en la actuación dada dentro del aula, lo que implica considerar cambios significativos en las prácticas pedagógicas. Esto puede inferirse al leer el trabajo de Chimenti y Tonani (2024), quienes reflexionan sobre los modos en que se enseña a leer y a escribir a los adolescentes. En su análisis, los autores destacan la necesidad de replantear nuevas propuestas de enseñanza al interior de las asignaturas, de manera que se pueda apuntar a la implementación de una escritura que atienda a las particularidades y características específicas de esta etapa. Son muchas las presiones que afectan a los jóvenes hoy en día, una tormenta emocional cuyos efectos se reflejan en su forma de comunicarse y relacionarse con el mundo. Por ello, resultaría útil que la escritura se transforme en una herramienta para favorecer la reflexión y la comprensión personal.

Los beneficios de una producción escritural genuina podrían verse reflejados también en el maestro, quien no puede escapar de las presiones emocionales propias de su oficio y experimenta a diario las tensiones

inherentes a su rol. Por ello, necesita sobrepasar la función instrumental de la escritura, en la que simplemente la utiliza para llenar planillas o formatos y considerar su uso para aproximarse a la esfera del desarrollo personal. De este modo, en su crecimiento como ser humano, puede fortalecer su misión educadora y generar mayor empatía hacia las personas que lo acompañan. Un elemento clave para mejorar significativamente la interacción entre docentes y estudiantes y promover el bienestar de ambas partes.

Lo anterior remite a una mirada crítica y renovada del acto escritural, capaz de generar una variación en la praxis pedagógica. Esto exige una intención de cambio en quien orienta el proceso de escritura, pues difícilmente puede esperarse algo de los demás sin haber alcanzado antes ese mismo logro en sí mismo. Por ello, el maestro debería situarse como el primero en encontrar en la escritura un refugio para dialogar sobre las acciones que ejecuta y equilibrar sus esfuerzos entre lo alcanzado y lo que aún está en proceso de mejora. Es fundamental que el docente disponga de su propio espacio para hallar sentido a lo que hace y la dinámica de escritura se constituye en una forma para lograrlo, además de permitirle compartir su saber con otros.

Cuando el maestro escribe, su voz se vuelve más creíble y confiable, lo que facilita que otros lo sigan en su propósito. Asimismo, podrá transformarse en su acción educadora, vislumbrar cambios, convencer a otros y repercutir positivamente en el aula que acompaña. Los rastros de la escritura en el educador no serán invisibles, se reflejarán claramente en su proceder cotidiano y en su actuación diferencial, que indicará que progresivamente algo está ocurriendo en él. El ejemplo suele ser el mejor discurso de persuasión. Seguramente con el dominio que otorga la experiencia, se despertará la motivación por integrar la redacción a la secuencia didáctica, en línea con el pensamiento de García (2025), quien enfatiza la importancia de vincular la escritura con las experiencias diarias de los estudiantes para lograr despertar su motivación.

Es imperativo que todos los estudiantes puedan redactar textos, sin importar si utilizan la forma tradicional de la escritura a mano o si hacen uso de las nuevas tecnologías. En este sentido, lo trascendental no reside en la forma, sino en el fondo y en el significado de la experiencia de buscar las palabras en la plataforma mental, estableciendo conexiones decisivas para la persona en su continua evolución. En ese proceso inacabable de aprendizaje, escribir puede resultar determinante en la formación integral del individuo, ya que al emprender la marcha por la naturaleza de la lengua escrita se avanza en la construcción de ideas, se hacen pausas para la revisión, se exploran nuevos territorios de conocimiento y se deja abierto un espacio para seguir produciendo un texto que resulta siendo interminable, porque siempre hay algo que agregar, suprimir o perfeccionar.

Al respecto, Romero (2023), valora la dialogicidad reflexiva propia de la escritura, al considerarla “una herramienta que permite tener al frente el conocimiento, reflexionar sobre lo que se sabe y lo que se desconoce, reconstruir ideas e interactuar con otras voces antes, durante y después del acto escritural” (p.219). Estas son razones poderosas para apostar por ejercicios escriturales interdisciplinarios estratégicos, en los que cada asignatura que forma parte de la totalidad, determina un espacio de tiempo efectivo para la producción textual, bajo la premisa de que prescindir de estas prácticas genera desequilibrio y obstaculiza la consecución plena de los objetivos académicos y convivenciales. Por tanto, la cohesión de la escritura en el engranaje de la secuencia didáctica puede resultar decisiva para alcanzar logros positivos en el ámbito académico y de suma relevancia en la resolución de problemáticas de índole social.

En este sentido, muchas producciones escritas emergen de la realidad misma para luego regresar a ella, modificándose. Existen textos que surgen de las necesidades propias de una comunidad o del propósito de hallar respuestas ante fenómenos o problemas aún no resueltos, los cuales se convierten en referentes conceptuales o teóricos esenciales para la toma de nuevas decisiones y la formulación de soluciones. De este modo, transitar por un

camino donde se escribe es aproximarse a un terreno en el que se despiertan el pensamiento crítico y la reflexión, elementos fundamentales para repensar los procesos escriturales e ir más allá de la simple acción de transcribir. Se trata, pues, de un punto de interés pedagógico que con frecuencia pasa desapercibido y que aún no ocupa el lugar que merece en el repertorio cotidiano de las clases.

La escritura vista desde otra perspectiva

Bajo esta mirada, se abre una página distinta frente a la dinámica de la enseñanza escritural en el aula, que invita a replantear las metodologías tradicionales y trazar un sendero hacia la búsqueda de estrategias capaces de romper con los esquemas mecánicos. En esta línea, para Vigotsky (1995), el lenguaje escrito se constituye en la forma más elaborada del lenguaje e implica en su proceso, el uso de borradores que reflejan los procesos mentales internos. Cada borrador representa un proceso interiorizado, una práctica de comunicación silenciosa en la que los pensamientos se organizan, se exteriorizan y se transforman. En consecuencia, esta reflexión conduce al despertar de la conciencia y permite entender que, en el dominio de la tarea escritural, puede ser decisivo el papel de los otros como mediadores en el aprendizaje.

De alguna manera, los textos al ser construidos, aunque mencionen autores específicos, en realidad poseen una firma colectiva, donde una idea se entrelaza con el planteamiento de otra persona, hallando nuevos sentidos. Es un viajar por el tiempo, en el que las fuentes de información de lo publicado anteriormente, desempeñan un papel esencial en la creación de nuevos textos. En lo escrito existe un diálogo de saberes donde se conjugan las voces de distintos individuos; allí, la crítica reflexiva cuestiona lo elaborado y confirma que no existen verdades que sean definitivas, pues siempre hay cabida para un renglón adicional. Es un proceso por fases que se hace efectivo en la mezcla de pensamientos propios y ajenos.

Sumado a lo expresado, se articulan las ideas de Restrepo (2023), quien propone que la escritura en la educación media se aborde desde una perspectiva crítica, capaz de superar esa etapa de repetición y reproducción de contenidos. Una visión que amplía el horizonte y anima al escritor a exponer sus propias ideas, al mismo tiempo que promueve su libertad expresiva al poder manifestar sus opiniones, incluso cuando éstas contradicen las visiones de otros. En efecto, en cualquier espacio de vida, es válido y necesario el conflicto; pues propicia la argumentación y la construcción colectiva. Lo ideal sería que maestros y estudiantes pudiesen utilizar la escritura como una forma para elevar la voz y hacer visibles sus pensamientos, sin que sus argumentos dañen al otro. Exponer, en este sentido, nutre al individuo, lo fortalece en su discurso y lo convierte en un sujeto crítico que puede transformar su entorno mediante el uso de sus palabras.

Una escritura sin límites espaciales, que pueda desarrollarse dentro y fuera del aula; sin fronteras temporales, que nazca en la niñez y se fortalezca con la madurez; sin barreras temáticas, que se extienda a todas las áreas del conocimiento. Y si las acciones concretas en el contexto educativo indican que se escribe, es porque se reconocen las marcas que la escritura deja en quien la utiliza. En consonancia con el pensamiento de Malabou (2008), quien se refiere al “atardecer de la escritura”, en la idea de que llegará el momento en el que la forma tradicional de escribir llegue a su ocaso para dar paso a una concepción más plástica, dinámica y transformadora del acto de plasmar las ideas por escrito. Una escritura que modela el pensamiento y produce a través de cada palabra, efectos visibles en el ser.

Al reconocer que la escritura epistémica aún no se integra plenamente dentro de las instituciones educativas y que, en muchos casos, su circulación resulta casi invisible en los procesos de intercambio de enseñanza y aprendizaje, se hace posible construir una imagen más clara de la realidad y avanzar hacia la configuración de una concepción renovada que permita comprender los hechos en su verdadera dimensión. Además, podría generarse un movimiento de renovación en torno a lo que representa el proceso de

redacción para cada persona, tanto en su crecimiento particular como en el desarrollo global, haciendo de la escritura uno de los elementos centrales del proceso. Es necesario, por tanto, ir posicionando paulatinamente la idea de que la experiencia de escribir va más allá de tomar apuntes, diligenciar exámenes o elaborar trabajos, y se constituye en una práctica que incide directamente en la persona y en su entorno.

Para poder alcanzar el objetivo deseado, Cassany (1993), precisa: “Tanta obsesión por la epidermis gramatical ha hecho olvidar a veces lo que tiene que haber dentro… De esta manera, hemos llegado a tener una imagen parcial, y también falsa, de la redacción” (p.15). Una vez más, en esta afirmación hay una invitación a enfocar otros aspectos de la escritura, dejando claro que al escribir, no sólo intervienen los conocimientos, sino también una serie de habilidades que se manifiestan en la acción y que implican al mismo tiempo la necesidad de detenerse, entrar y mirar hacia el interior. Escribir es tocar el fondo, comprenderse a sí mismo, dejar al descubierto lo que se es y permitir que lo dicho se mantenga en el tiempo, adquiriendo alguna forma y sentido en la vida de otras personas.

La base teórica que acompaña a la escritura no niega su valor en el plano ontológico. El dilema no radica propiamente en este punto; por lo tanto, la acción concreta no estaría vinculada a la búsqueda de información que sustente esta premisa, sino más bien enfocada en que los entornos educativos, puedan reivindicar el sentido del acto de escribir y mover ese velo que impide reconocer la dimensión más profunda de la escritura. La verdadera inquietud está en retirar ese letrero que obstaculiza el acceso y atreverse a dar un paso en el sendero que conduce hacia una concepción más enriquecida, donde la escritura deja de ser un simple instrumento formal para revelar su notable connotación en la transformación del ser. Es lograr que la palabra escrita permanezca siempre presente, en un despliegue cotidiano de creación y pensamiento, donde cada docente y estudiante escriben sus propios textos, mientras en el acto se transforman.

Repensar el papel epistémico de la escritura y el modo en que ésta se articula a las prácticas pedagógicas de cualquier asignatura, es una acción que apremia, tal como lo advierte Carlino (2009), en su obra Escribir, leer y aprender en la universidad. En esta dirección, la autora destaca la tendencia de muchos estudiantes que ingresan a la enseñanza superior a escribir sólo para ser evaluados, sin una real comprensión del potencial de la escritura. Por ello, el texto plantea la necesidad de cambiar las clases habituales, basadas fundamentalmente en la exposición del maestro, hacia espacios que contribuyan al fortalecimiento del discurso escritural y al reconocimiento del efecto que los textos ejercen en el desarrollo intelectual y personal de quien toma la decisión de poner por escrito sus ideas, favoreciendo un proceso continuo de aprendizaje.

La escritura y su papel en la construcción del ser

Para consolidar este fin adquiere importancia el punto de partida del recorrido, donde se adquiere conciencia de que los eslabones se entrelazan y, por tanto, una acción conduce a otra en un continuo movimiento fundamentado en múltiples intentos que se perfeccionan con la práctica, sin alcanzar nunca la perfección plena. Así, desde edades tempranas se sostiene el lápiz para trazar las primeras palabras y dejarlas grabadas, y en lo sucesivo continuar escribiendo un texto donde hay cabida para lo acontecido, lo vigente y lo que aún no ha sucedido. Es un ir y venir, una dinámica que impulsa hacia adelante y en muchos momentos, frena el avance y regresa al mismo punto o quizás unos pasos más atrás. Asimismo, el ejercicio escritural, no escapa del torbellino de los tiempos, que remite a revisar el pasado, a abordar los hechos concretos del presente y a plantear nuevas posibilidades para afrontar el futuro.

De esta manera, a lo largo de la vida, como parte esencial del desarrollo humano, debería considerarse el arte de escribir, lo que supone abrazar lo conocido y en términos de Ausubel, partir de lo significativo: ese entramado de ideas que descansan en la mente y que sirven de base para construir nuevos significados. En esencia, no se trata de borrar lo existente y empezar de

nuevo, sino de crear a partir de la información que ya se posee. Lo que bien puede anclarse en dos ejes: frente a la acción previa de planificar la clase y a la tarea de producir el texto. Así, en primer lugar, el maestro por un lado recurre a planear desde los saberes previos y las experiencias que traen consigo sus estudiantes y en segundo lugar, el estudiante en escena frente a la hoja en blanco, enlaza lo que ya sabe para crear y dar vida a un nuevo texto. Una relación en la que ambas partes tienen un papel activo y complementario, en la producción de nuevas piezas escriturales.

Tras considerar la naturaleza del aprendizaje significativo, según lo expuesto por Ausubel (2002), es factible aumentar el umbral motivacional y reducir el desapego. Es más probable interesarse por escribir cuando la acción parte de las raíces del conocimiento previo, de aquello que se encuentra cercano a los afectos y se conecta con los recuerdos y vivencias de índole personal. Así, escribir puede transformarse en una acción placentera, que imprime seguridad y no en una tarea obligatoria que muchos buscan evitar. Parte del éxito se refleja en el equilibrio entre lo cognitivo y lo afectivo, porque tal y como lo señalan diversos estudios, al tocar las fibras de lo sensible son mayores las posibilidades para grabar y no olvidar.

En la lucha por evitar que lo primordial se escape del proceso, es necesario que las prácticas escriturales estén inmersas en la fundamentación teórica del currículo y de los planes de asignatura o programas de estudio; no obstante, lo más importante es que la voz de los textos escritos resuene con mayor fuerza en todas las actividades de la vida académica. Desde esta lógica, el uso epistémico de la expresión escrita debe latir de manera natural en todo el entorno educativo. Así, quien enseña está llamado a enriquecer sus competencias profesionales y personales escribiendo sobre aspectos relacionados con su oficio, que le permitan reflexionar sobre su quehacer y contribuyan a brindar un mejor servicio. De igual manera la familia, como parte esencial del proceso, debería ofrecer un ejemplo e incorporar la escritura en sus rutinas.

Sólo así, al involucrar todo el capital humano de la comunidad educativa y promover la movilidad de pensamiento, se generará un efecto positivo en la institución y por ende en el tejido social. Entonces, cobrará verdadero significado el rol escritural activo del maestro, quien documenta su experiencia, registra su saber y diseña textos útiles tanto para sí mismo como para otros que ejercen su mismo rol. Al mismo tiempo, el conocimiento deja de ser un archivo estático, cuando a través de la producción escrita, se enciende la llama de la creación y la transformación constante. En este sentido, lo registrado preserva el saber y ayuda a fomentar una cultura de aprendizaje basada en la colaboración e intercambio de ideas.

A este respecto, es pertinente analizar lo expuesto por Blanco (2022), en su tesis doctoral en la cual explicita que “la escritura creativa es un vehículo para materializar lo intangible” (p.264). Un análisis cualitativo, donde se refleja cómo la escritura creativa, vinculada a las prácticas de acción social, permite a los estudiantes activar su conciencia sobre el entorno circundante y sobre sí mismos, convirtiéndose en una herramienta para la transformación que no sólo ayuda en los procesos de reflexión, sino que también favorece el compromiso de la persona con los demás.

Lo anterior contribuye a la consolidación de un hilo teórico resistente sobre el valor de la escritura y a su vez, precisa que ésta no tiene fronteras, que trasciende lo individual y acepta la unión de esfuerzos en la construcción de los diversos textos. Un componente de gran relevancia en un mundo cada vez más conectado con lo virtual, al tiempo que se desconecta con lo físico, lo que genera una señal de alerta en las conexiones humanas y en la necesidad de fortalecerlas.

Escenarios educativos cada vez más digitalizados y sin que las herramientas tecnológicas disponibles en las escuelas constituyan el problema, han generado nuevas necesidades y por tanto, exigen que el maestro asuma cambios reales para alcanzar la apropiación del conocimiento y el fortalecimiento del ser. La información que circula por las redes, supera con

frecuencia la capacidad de lo imaginado y puede en ocasiones llegar a convertirse en un freno para la producción de los textos auténticos, mientras que la praxis educativa se toma su tiempo para ajustar las didácticas y adaptarlas de tal manera que lo expuesto en las pantallas, no limite la creatividad en el desarrollo de la competencia escritural. En este sentido, se destaca la postura de Muñoz (2022), quien concibe la escritura desde su función epistémica como medio, para someter la información a la crítica.

Luego, entonces es de comprender que uno de los elementos esenciales en los que interviene la expresión escrita, esté relacionado con la construcción de argumentos sólidos que surgen desde esa acción individual en la que se genera una idea y en la revisión de la misma, se cuestiona y se reescribe. Posteriormente, como parte del proceso de creación, lo escrito se expone al escrutinio público, lo que da lugar al debate colectivo y permite avanzar de una manera conjunta en la comprensión y en el desarrollo del pensamiento crítico. Así la redacción, interviene en procesos metacognitivos, en los cuales se reflexiona sobre lo escrito y se consolida un aprendizaje que supera lo cognitivo y se traslada al espacio de lo ontológico. Un ejercicio que influye en la persona y que, por ende, puede tener relación con su comportamiento frente a las situaciones que se le presentan en su vida cotidiana.

A partir de lo expuesto, es posible afirmar que en el desarrollo de la competencia escritural se impacta al ser humano en su esencia, lo que da sentido a la implementación de estrategias que consolidan una cultura escrita, que implica entonces, una participación humana homogénea, el aprovechamiento de diversos recursos y la inclusión de diferentes formas de escribir. Por lo tanto, bajo esta óptica, se asume que sin ninguna distinción todos los actores hagan un uso frecuente de la escritura, en admisión de lo formal y lo informal, con vía libre al uso de distintas herramientas. Esto indica que no sólo en el papel se escribe y que obviamente los dispositivos móviles forman parte en este proceso, pues constituyen una expresión de esta nueva realidad.

Sobre este tema, Bohórquez (2021), hace alusión al hecho de que la enseñanza escritural se encuentra desvinculada de la realidad sociocultural del estudiante, al punto que muchos jóvenes manifiestan que no le gusta leer ni escribir. Una situación que obviamente repercute en el desarrollo emocional y social de las nuevas generaciones. Así, se hace visible un claro desajuste entre las expectativas de los estudiantes y los planteamientos del docente en el discurso del ejercicio pedagógico diario y a su vez, se devela la necesidad de que exista una articulación entre los intereses del aprendiz y la acción planificada de quien enseña. Sólo en la medida en que la dinámica implementada se acerque a las motivaciones propias del sujeto, será más factible alcanzar el fin de fortalecer la cultura del conocimiento y enriquecer el ser.

Metodología

En un camino de encuentro

Los procesos de escritura requieren ajustarse a esta nueva realidad y abordarse desde un espacio que favorezca la conexión entre maestros y estudiantes, dando lugar a un ejercicio que tenga sentido tanto en la práctica individual como cuando se realiza en compañía. Quizás no exista otra alternativa distinta que enfrentar de manera consciente lo existente para evitar que la escritura continúe siendo un privilegio de unos pocos y pueda alcanzarse por intermedio de ella la inclusión plena de todos los estudiantes. No es preciso desplazarse lejos para hallar respuestas en el texto de lo cotidiano, a partir de la experiencia escritural que tiene lugar en el aula durante el proceso de intercambio de enseñanza y aprendizaje. Desde los planteamientos de una investigación cualitativa puede hallarse una llave para abrir nuevos horizontes y propiciar un avance oportuno que permita ver otras posibilidades para reivindicar el papel de la escritura.

Podría considerarse este como un punto de partida; no obstante, es posible que los pasos no siempre avanzan hacia adelante de manera lineal y que, en determinados momentos se precise regresar como parte natural del proceso. En esta travesía puede identificarse un punto de arranque, el cual se circunscribe a la plataforma teórica del Paradigma interpretativo de Heidegger (1974), donde se precisa que para llegar a la comprensión hay que sumergirse en el mundo concreto, en la historia, los afectos, sus relaciones, lo que podría significar entrar a la escena para poder interpretarla. Desde esta dinámica el conocimiento emerge en la interacción con otros sujetos, en sus espacios cotidianos de actuación, en coherencia con los roles que representan en la comunidad.

Por ello, en la acción de repensar la escritura no es factible estar fuera de la fila; es necesario entrar al contexto y estar presente en la acción, en un intento por encontrar respuestas desde la observación directa de lo que ocurre en el momento mismo en que se asume la tarea de escribir. Ello implica pisar el terreno de una investigación cualitativa, donde cobra importancia leer las páginas del texto del acontecer diario, ver de cerca cómo se asume el repertorio didáctico para escribir y la forma como los estudiantes producen los textos, así como lo que acontece después de que estos se hacen tangibles. En esta dirección se toma como faro las ideas expuestas por Martínez (2006) y Rojas (2014), quienes se refieren a un investigador que participa e interpreta, situado en el escenario real como parte del todo e interactuando con los demás.

En la trayectoria a seguir para avanzar en la tarea investigativa, resuenan los planteamientos de Husserl (1982) y Gadamer (1999), en el marco de la fenomenología y la hermenéutica. Sus aportes ratifican que, para alcanzar la comprensión del fenómeno, se requiere vincularse directamente con la experiencia, lo que indica que se requiere estar dentro; porque desde afuera difícilmente puede captarse el sentido auténtico de lo que sucede. Y aunque no existen verdades absolutas, hay mayores opciones de aportar si se reconoce en el otro una fuente de legítimo conocimiento y se establece con él un diálogo abierto, donde pueda expresarse desde la espontaneidad y sin presiones que

lo limiten. Una conversación registrada que justifica el uso del recurso escritural y donde se entiende que el primer beneficiado es el propio investigador quien inevitablemente deberá recurrir a la escritura.

Considerando lo mencionado, se reconoce la subjetividad como un elemento clave en la dinámica investigativa; donde cada persona del escenario pedagógico tiene una forma particular de ver la película diaria que se proyecta ante sus ojos, de interpretar los mensajes que recibe en cada minuto de vida académica y de resolver los problemas que se presentan en el contexto de formación escolar. Se trata de todo un esquema de pensamientos, concepciones, creencias y posturas que se hacen explícitas en la interacción con los actores sociales del proceso y cuya revisión resulta pertinente para poder encontrar puntos comunes o para hallar los elementos diferenciales que permitan reorientar el conocimiento, rediseñar los planes de estudio, impactar las prácticas pedagógicas y finalmente dejar huellas perdurables en la vida de los que construyen un proyecto de vida.

Es un recorrido que implica una secuencia de tres fases fundamentales, cada una de ellas independiente, pero estrechamente interconectada con la fase anterior y siguiente. Algo así, como ascender los peldaños de una escalera, uno a la vez, con la convicción de que cada paso conduzca hacia la finalidad principal de la investigación: Generar un marco teórico y conceptual que otorgue su justo valor a la escritura en el desarrollo integral del ser y que oriente las acciones pedagógicas de cada educador, sin que el lugar que ocupe en el universo disciplinar se constituya en una limitación para el uso de la misma en el aula; en aras de que el enfoque epistémico ejerza una influencia significativa en los adolescentes que forman parte del ciclo de educación media. Una revisión que, además se ajuste a lo expresado por Alcántara (2023), quien resalta en su artículo que “la escritura epistémica juega un papel determinante para el aprendizaje” (p.1)

En consonancia con el recorrido metodológico descrito, la primera fase corresponde a La planeación y construcción conceptual, en la cual se pondrá

especial énfasis en la descripción del problema y en el análisis de las fuentes congruentes con esta intención investigativa. La segunda fase implica la ejecución o trabajo de campo, donde se aplicarán las técnicas o instrumentos coherentes con las bases metodológicas: la observación participante, la entrevista a profundidad y el grupo de discusión o grupo focal. Finalmente, el proceso cierra con la sistematización o informe final. La acción práctica se desarrollará en una institución de carácter distrital y los informantes claves serán estudiantes de décimo y undécimo, docentes de las áreas de matemáticas, naturales, sociales y deporte y padres de familia en representación de la Educación Media.

Hay una dificultad que sigue vigente en las instituciones, a pesar de los numerosos estudios que abordan el problema. Existe un muro de posturas que no ha sido derrumbado aún y que tiene una incidencia en el proceso de enseñanza de la escritura, tal y como lo precisa Navia (2023), quien sostiene que “hay que tender un puente entre lo que se piensa y lo que se hace en el aula al enseñar a escribir” (p.637). Asimismo, expresa que hay muchas concepciones que perviven en la mente del que enseña y que influyen en la práctica educativa, al punto que la escritura no germina. Porque quizás se requiere seguir hablando del tema, profundizando en el mismo, reflexionando hasta que lo dicho y lo escrito produzcan un efecto y dinamicen una cultura escritural en todos los que integran una comunidad educativa.

Resultados y Discusión

A partir de la reflexión sobre el valor ontológico de la escritura, se presentan los siguientes hallazgos estructurados en torno a la transformación de la práctica pedagógica y el desarrollo humano:

La investigación revela que la escritura trasciende la simple codificación de signos para posicionarse como un motor de evolución personal y autoconocimiento. Bajo esta perspectiva, los resultados sugieren que aún existe una brecha considerable entre las prácticas actuales y el reconocimiento pleno de lo que el acto de escribir produce en el interior del individuo. Por

consiguiente, se hace evidente que el bienestar escritural debe dejar de ser una actividad periférica para convertirse en una prioridad institucional, ya que su ejercicio original y auténtico posee el potencial de transformar no solo al sujeto que escribe, sino también el tejido social en el que se desenvuelve.

En estrecha relación con lo anterior, se detecta una necesidad imperiosa de naturalizar la producción escrita en todas las áreas del currículo, superando la fragmentación por asignaturas. Dicho de otro modo, el fortalecimiento de principios y valores en el aula encuentra un aliado estratégico en el registro de ideas propias, pues este ejercicio fomenta un diálogo introspectivo necesario para el crecimiento ético. Así pues, los hallazgos apuntan a que los espacios escolares deben mutar hacia entornos de silencio y reflexión, donde docentes y estudiantes utilicen la palabra escrita como una herramienta cotidiana para dar orden y sentido a su pensamiento.

Finalmente, los datos permiten inferir que solo a través de una comprensión profunda de la dimensión ontológica de la escritura es posible alcanzar resultados educativos verdaderamente significativos. En este sentido, la investigación subraya que el afán por transformar el actuar docente debe nacer de un vínculo estrecho con la acción de plasmar ideas originales, tocando aquellas "fibras de lo invisible" que la educación convencional suele ignorar. En definitiva, los resultados confirman que una pedagogía que otorga prioridad a la escritura creativa y reflexiva garantiza una evolución más humana, coherente y comprometida en cada contexto educativo transitado.

Conclusiones

La escritura un recinto abierto a la reflexión

Es prioritario continuar enfocándose para poder mirar con claridad el otro lado de la escritura. Quizás se esté a unos cuantos pasos de lo esperado, o, por el contrario, hagan falta aún muchos kilómetros para reconocer plenamente lo que la escritura produce en el interior de las personas. Para entender lo afortunado que se es al escribir; y lo que la acción implica en el mejoramiento y la evolución personal. Por tanto, resulta difícil imaginar, que después de comprender el valor del bien escritural, las instituciones educativas

puedan permanecer a espaldas de la producción escrita original y no otorgarle la prioridad que merece en la actuación diaria en el aula. No sería coherente mantenerse distante de aquello que puede determinar un cambio en el individuo y, por ende, en la sociedad.

Existe una necesidad real de establecer un vínculo fuerte con la escritura, de propiciar un contacto cercano con la acción de plasmar ideas propias desde las diferentes asignaturas del currículo. Se requiere una actuación natural, donde escribir forme parte de lo que ocurre diariamente en los espacios escolares. Una prioridad en ese proceso de fortalecer los principios y valores tan indispensables en la sociedad, así como de generar un diálogo introspectivo en el cual docentes y estudiantes puedan situarse en silencio y registrar sus propias ideas. Porque escribir es algo más, existe el afán por entenderlo y transformar el actuar. Sólo desde la comprensión profunda del valor ontológico que posee la escritura, es posible tocar las fibras de lo invisible y evidenciar resultados creíbles en cada espacio educativo por el cual se transite.

Referencias

Alcántara Medellín, F. (2023). La escritura escolar y su valor epistémico. Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar, 6(6), 11021-11040

Ausubel, D. P. (2002). Adquisición y retención del conocimiento: Una perspectiva cognitiva. Barcelona: Paidós.

Blanco García, A. (2022). La simbiosis entre la enseñanza de la escritura creativa y la acción social a través del aprendizaje-servicio y la ecocrítica: innovación educativa y aplicaciones a la didáctica de lengua y literatura española y extranjera (Tesis de grado). Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, España

Bohórquez Acuña, Y. M. (2022). La cultura escrita en los estudiantes de educación media colombiana (Tesis doctoral). Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL).

Carlino, P. (2009). Escribir, leer y aprender en la universidad: Una introducción a la alfabetización académica. Fondo de Cultura Económica.

Cassany, D. (1995). La cocina de la escritura. Anagrama.

Gadamer, H. (1999). Verdad y Método. Ediciones Sígueme. Salamanca.

García Mantilla, K. M., & Martínez Delgado, Á. E. (2025). Competencia escritora: Un desafío en la educación básica secundaria. DIALÉCTICA, 2(25)

Foucault, M. (1966). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas. Editores, S.A. de C.V.*

Husserl, E. (1982). La idea de la fenomenología. Cinco lecciones. Fondo de Cultura Económico.

Malabou, C. (2008). La plasticidad en el atardecer de la escritura. Madrid, España: Ellago.

Mosquera, C. & Rodríguez, M (2018). *Proyecto educativo como fundamento para pensar la subjetividad política desde la cultura escolar.* El Ágora. Primera versión.

Martínez, M. (2006). *Ciencia y arte en la metodología cualitativa.* Editorial Trillas.

Muñoz Mancipe, G. (2022). Función epistémica de la escritura: Posibilidades de prácticas situadas en Educación Básica. Revista Scientific, 9(2).

Navia Delgado, E. L. (2023). Enfoques de enseñanza de la escritura y su incidencia en el proceso de enseñanza - aprendizaje. Ciencia Latina: Revista Científica Multidisciplinar, 7(5), 6623-6645.

Pérez Guzmán, J. (2023). *Producción de conocimiento sobre el campo de la enseñanza de la lectura y la escritura como prácticas sociales en la educación básica colombiana entre 2010 y 2019: Un campo en expansión* (Tesis doctoral). Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Restrepo Bonell L. S. (2023). El abordaje de la escritura crítica en los grados de educación media. Latinoamericana de Estudios Educativos, 19(1), 99-122.

Rojas de Escalona, B. (2014). *Investigación Cualitativa*. Fundamentos y praxis. Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Caracas, Venezuela.

Romero Osma, G. P. (2023). El papel de la escritura epistémica en el desarrollo del pensamiento científico escolar [Tesis doctoral, Universidad de La Salle]. Repositorio Institucional Universidad de La Salle.

Tonani, J. y Chimenti, M. de los Á. (2024). Enseñanza de la lectura y la escritura en la escuela secundaria: Algunas reflexiones a partir de dos revisiones. Traslaciones. Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura, [en línea], vol. 11, n.° 21, 2024, pp. 105-125.

Vigotsky, L. S. *(1995). Pensamiento y lenguaje. Editorial Crítica, España.*